

A MANERA DE PRÓLOGO

A unos setenta kilómetros de Granada, descendiendo las tortuosas estribaciones de la cordillera Penibética en dirección a la costa, se encuentra el pueblo de Salobreña, encaramado en un cerro cortado a pico sobre la llanura costera. En la cima se yergue un castillo erigido por los árabes en el siglo IX. El castillo, fuertemente fortificado, constituía un bastión inexpugnable de los Nazaríes granadinos. Jamás fue conquistado por las armas. Sus fuertes muros de piedra, el abrupto desfiladero a su espalda y la abundancia de agua potable y víveres que almacenaba hacían imposible su asedio.

Fue tomado en el siglo XV, en 1470, desde el interior, mediante el engaño y la traición, durante la campaña que los Reyes Católicos emprendieron contra los Nazaríes y que culminó en 1492 con la toma de Granada.

Gracias a un astuto golpe de mano, un noble granadino, Ben Amir Il Magerít —cuyo nombre cristianizado fue el de Ramírez de Madrid, mi más remoto antepasado—, con un puñado de leales lo conquistó

para el ejército cristiano. Los Reyes Católicos premiaron al traidor con el cargo de Alférez —es decir, comandante— de su Artillería y con extensas tierras y prebendas.

Entre sus posesiones destacó una fértil finca de frutales a unos dos kilómetros de Salobreña en dirección a Almería, propiedad del Caíd del Castillo, en cuyo centro, en medio de un rumoroso jardín, el Caíd había mandado construir un bello palacete a inspiración de la Alhambra granadina. Los descendientes de mi antepasado gozaron, generación tras generación, de esa preciada posesión hasta mediados del siglo XVII. Entonces, el impago de deudas hizo que cayera en manos del Arzobispado de Granada, que lo convirtió en convento de Carmelitas.

Durante la desamortización, a mediados del siglo XIX, el convento y las tierras adyacentes fueron adquiridas por los Marqueses de Larios, prácticamente dueños de casi todas las tierras de la provincia.

En 1912, la firma minera británica Spencer & Riverside Trade la adquirió para construir un hotel, el Riverside Palace, que diera albergue a los ingenieros y empleados importantes que dirigían las prospecciones, encaminadas a encontrar yacimientos de hierro, en las estribaciones de la cordillera Penibética.

Las investigaciones mineras no dieron ningún fruto y los ingleses terminaron por abandonar esa zona de Andalucía. De ese modo, el hotel fue languideciendo hasta que en 1951 fue vendido a una constructora de la localidad, Agreda e Hijos S.L., que lo modernizó, manteniendo su nombre: Hotel Riverside Palace.

Actualmente aún se yergue frente al mar. Y en el jardín trasero hay una pequeña tumba, siempre cubierta de flores. Si se pregunta a los empleados del hotel, cualquiera de ellos puede contar esta increíble historia que sucedió no hace mucho tiempo.

Capítulo uno

La tarde en la que comenzó esta historia, Tomás se encontraba en el subterráneo del hotel, caminando por un pasillo apenas iluminado por débiles bombillas de seguridad. Los gruesos tubos de la calefacción se perdían en los recodos y en la oscuridad sepulcral de los rincones. Por la pared se deslizaban gotas de agua, provenientes de filtraciones desconocidas. A aquel lugar no bajaba nadie.

Los empleados más jóvenes creían que por allí correteaban fantasmas. Afirmaban que era donde se encontraban las mazmorras del antiguo Caíd de la fortaleza y que las almas de los ajusticiados gemían durante la noche.

A Tomás ya no le daba miedo ese lugar. Antes, sí, cuando llegó al hotel apenas hacía un año y no podía permanecer en ningún lugar que no estuviera iluminado. Eso había quedado atrás, como su corta y remota infancia en Tetuán (Marruecos), ese tiempo feliz en que tenía madre. Pero ahora, mientras caminaba por el subterráneo, pensaba en su incierto futuro. Todos sabían que ése era el último año que el hotel perma-

necería abierto. Lo iban a demoler el próximo otoño para construir apartamentos de lujo. Era la decisión de los propietarios.

Antes de llegar a la antigua caldera de la calefacción, Tomás comprobó que la mayor parte de las bombillas se habían fundido; la oscuridad era muy densa. Ya nadie se ocupaba del hotel como era debido. Se apartó de su camino en una curva y continuó hacia el almacén. A su lado, sumido en las tinieblas, surgió de pronto Mudo, su perro, de pelaje liso, negro y brillante, y de ojos amarillentos, y se le adelantó en la tenue oscuridad del subterráneo. Sentía su presencia, pero no podía verlo.

—Vaya, estabas detrás de mí, ¿verdad? —le dijo al perro.

Su perro no podía ladrar ni gruñir. De su garganta nunca podría salir sonido alguno. Tomás lo había encontrado unos meses antes tirado en el vertedero de basura cercano al hotel con la garganta cortada. Parecía muerto, pero no lo estaba. Le habían intentado cortar el cuello con un cuchillo mal afilado y le habían seccionado las cuerdas vocales, parte de la tráquea y los músculos del cuello, pero sin llegar a afectarle la vena aorta, que riega el cerebro. Tomás lo cubrió con su chaquetilla de botones y lo cargó hasta el dispensario de Salobreña, caminando por el borde la autopista. En el dispensario, un médico joven, sin experiencia, pero que de niño también había tenido un perro, intentó que no se le escapara la vida. Luego le dio la dirección de un veterinario amigo, cuya clínica se encontraba en las cercanías.

El perro sobrevivió y creció mucho más aprisa que Tomás, caminando y moviéndose rápido como el rayo, pero sin ladrar ni gruñir.

Por eso Tomás le puso al perro el nombre de Mudo.

Era un animal de raza desconocida, delgado y de cabeza grande, de patas fuertes, pecho musculoso y vientre hundido, con un collar erizado de púas que le regaló el veterinario para ocultarle la enorme cicatriz blancuzca del cuello.

Tomás tocó la puerta del almacén y, como nadie contestó, pasó dentro. Mudo se adelantó hasta la puerta disimulada que daba a otra galería y se detuvo ante ella. Tomás recorrió el almacén y abrió esa puerta, que desembocaba a otro pasadizo. Allí la oscuridad era casi absoluta. Todas las bombillas se habían fundido. Ambos siguieron marchando por aquel corredor, dejando atrás huecos oscuros que no iban a ninguna parte. Habían sido tapiados con ladrillos muchos años antes.

Se detuvieron al llegar a la moderna caldera de la calefacción y Tomás accionó la palanca. El aire salió silbando, llenando la estancia de humo. Cuando comenzaron a salir gotas de agua hirviendo, la cerró. Así funcionarían mejor los grifos de agua caliente en los cuartos, dándoles calor a los clientes y caldeando las habitaciones.

Detrás de la caldera había una vieja puerta de hierro que abrió con un prolongado chirrido. Mudo, de un salto, desapareció en la parte trasera del jardín. No había oscurecido, pero las luces del Riverside Palace ya se habían encendido. Su resplandor iluminaba la trasera

del hotel y las copas de las palmeras que rodeaban el jardín, meciéndose a la suave brisa de la tarde.

Le gustaba observar el antiguo palacio, rodeado por las escarpadas laderas de las Alpujarras granadinas. Le provocaba la extraña sensación de encontrarse en un mundo antiguo, lejano, transportado a un lugar sin límites y sin tiempo.

A esa parte del jardín no solía ir nadie, excepto el señor Bernabé y él mismo, que lo acompañaba los fines de semana en sus excavaciones en busca de restos arqueológicos. Había una casamata de herramientas y un poco más allá la nueva piscina, vacía en estos momentos, y la pista de tenis de tierra apisonada.

Cuando se cerrase el Riverside Palace tenía que buscar un nuevo trabajo. El señor Bernabé le había dicho que no se preocupara; gracias a sus amistades en la costa le podría conseguir, sin mayor problema, nueva ocupación de camarero en cualquiera de los bares de Salobreña. Claro, no era lo mismo. Y luego estaba su perro. Nunca se separaría de Mudo.

Esa misma tarde, el Café Cosmopolita de la calle Larios, en Málaga, se encontraba lleno de parroquianos, acodados en el mostrador y repartidos por las mesas del interior y en la terraza exterior. Grupos de hombres tomaban café o copas, mientras charlaban sumergidos en el humo de los cigarrillos, a veces junto a mujeres con aspecto de funcionarias bien vestidas.

Un tal Joseph Marti, sentado en una de las mesas

del fondo, se puso en pie entre el bullicio y le hizo señas con la mano a un hombre alto y delgado, que vestía un arrugado traje veraniego, portaba una pequeña bolsa de viaje, y acababa de entrar en el café.

Marti se fijó en el recién llegado. Tenía una extraña nariz de halcón y sus gestos eran pausados y fríos. Don Enrico le había mencionado que le llamara Sousa y afirmó que era un hombre de su confianza.

Esa misma mañana don Enrico le había llamado por teléfono desde Roma sólo para mencionarle que el tal Sousa arreglaría el asunto.

Sousa se sentó a su lado. Su aspecto demacrado y cansado, de ojos helados, le llamó la atención. Sus manos eran largas y finas. Podían ser las de un músico, pero Marti sabía que no lo eran.

Joseph Marti había nacido en Inglaterra, pero se había criado en Gibraltar, ufano de su pasaporte inglés legítimo. Gracias a ese detalle, había realizado multitud de negocios, más o menos legales, alguno de los cuales le había hecho rico. Tenía un aspecto normal, de gente corriente —un padre de familia— y aquello le había reportado algunas ventajas en sus últimas ocupaciones.

—¿Joseph Marti? —le preguntó, y se acodó en la mesa.

—Sí —le contestó el aludido—. ¿Sousa? —el recién llegado asintió con un movimiento de cabeza, y Marti añadió—: ¿Trae el dinero?

Asintió con otro movimiento de cabeza. Luego le preguntó:

—¿Ha conseguido lo que le pedí?

—Sí, aunque ha costado un poco de trabajo. Sobre todo el silenciador. Ya he reservado hotel —Marti apartó la mirada de sus ojos y continuó—: Antes de nada quisiera decirle que no había hecho falta todo esto. Se lo dije a don Enrico, nosotros aquí podemos solucionar el problema. Quiero que lo sepa.

—Dígame exactamente lo que pasó.

—¿Quiere tomar algo, un café, una copa?

—No —aguardó.

—Bien, como quiera... Fue... hace dos días. Ese vigilante vino a mi oficina... Dijo que había abierto la caja de seguridad de don Enrico y me mostró algunos documentos para probarlo... Las cartas de los ayuntamientos, la promesa de las recalificaciones. Insistió en que el resto de los documentos, en un sobre, estaban a buen recaudo. Si a él le pasaba algo, esos documentos irían directamente a la policía. Pidió un millón de euros. Yo le dije que eso era una locura, don Enrico no aceptaría. Dio tres días de plazo y yo llamé inmediatamente a don Enrico. Eso es todo.

—¿Sólo le dijo que robó documentos de la caja de seguridad?

—Eso es, sólo me habló de los documentos.

—¿Y de diamantes?

—¿Diamantes? —se extrañó—. Pues... no, realmente... ¿Había diamantes en esa caja de seguridad?

Marti sintió los penetrantes ojos del recién llegado.

—¿Conocía a ese vigilante, era amigo suyo?

—¿Amigo? —se removió en el sillón—. Yo no diría eso... Lo veía cuando acompañaba a don Enrico a la caja de seguridad una o dos veces al año, señor Sou-

sa, y... bueno, charlábamos y cosas así. Creo que una vez tomamos una cerveza, nada más. Era un tipo muy simpático, ya sabe. El típico andaluz.

—Abrir una caja de seguridad no es fácil. ¿La forzó?

—No lo creo, se hubieran dado cuenta en el banco.

—¿Tiene alguna idea de cómo lo consiguió?

—No, no lo sé.

—Es evidente que ese hombre tiene un cómplice dentro del banco. Un alto ejecutivo, alguien con acceso a la combinación de la caja que contiene las llaves.

—Sí, es posible. Le propuse a don Enrico contratar detectives..., pero se negó rotundamente. Fue partidario de pagar lo que pedía. Aunque usted ya sabe esto, ¿verdad?

—¿Alguna vez le habló a ese vigilante de lo que contenía la caja de seguridad?

—¿Cree que estoy loco, señor Sousa? Don Enrico confía en mí. Llevo muchos años con él. ¿No se lo ha dicho?

—Yo no creo nada, contésteme, haga el favor.

—Nunca le hablé de lo que había en esa caja de seguridad, por supuesto. Debió de figurárselo, o quizás estuvo presente cuando don Enrico realizaba entregas, no lo sé. Tampoco hay que descartar la casualidad. Ya se lo he dicho a don Enrico. No sé lo que se guardaba en esa caja, señor Sousa.

—Pero usted sabía que en esa caja había documentos comprometedores, ¿no es así?

—Oiga, soy socio de don Enrico. Ya le he dicho que nunca le he contado a nadie la existencia de esa caja.

Y no sé cómo ese vigilante pudo saber lo que contenía. Le transmití a don Enrico lo que había pasado, nada más. Y le dije que nosotros lo íbamos a solucionar, que nos dejara a nosotros arreglarlo.

El hombre de don Enrico se puso en pie.

—Vámonos de aquí —le ordenó.

El perro ya había rodeado el hotel y cruzado la vereda entre los campos de caña. Debía de estar ya en la orilla, fascinado ante las olas. Tomás le silbó y sujetó con fuerza el cuaderno de dibujo Canson y el estuche con los lápices de acuarela y caminó al lado de las tapias blancas del hotel. Llegó a la autopista, la cruzó y se introdujo entre las cañas. Sabía de memoria dónde se encontraba el camino que atravesaba los cañaverales hasta la misma orilla. Otro cualquiera no se hubiese dado cuenta. Las cañas que bordeaban la senda de tierra rojiza se inclinaban unas sobre las otras, como si pugnarán por tocarse, formando una bóveda tupida que en los días de calor creaba una intensa sombra.

Dentro de poco, cuando el sol se hundiese en el mar, detrás del castillo de Salobreña, los pájaros que anidaban entre las cañas y en las huertas cercanas se lanzarían a un estruendoso piar, como si celebrasen la ceremonia del fin del día. Él podía distinguir a los cormoranes, jilgueros de alas doradas, grajos negros, curvines y alondras marinas.

El perro apareció a su lado y Tomás pisó la arena oscura de la playa y se descalzó. Frente a él, el mar rom-

pía blandamente la orilla, deslizándose por la arena. Avanzó unos metros hasta encontrar el ángulo justo que buscaba y se sentó. A la derecha, por encima de las plantaciones de cañas, las luces de la Salobreña moderna —urbanizaciones y bloques de pisos al pie del cerro que coronaba el castillo— contrastaban con el viejo pueblo, fundado por los árabes allá por el siglo IX, tal como le había contado el señor Bernabé.

A su izquierda, las montañas azuladas de las Alpujarras se destacaban sobre la línea discontinua de la bahía y el mar. Desde esa posición no podía ver el núcleo urbano de Motril —una gran ciudad de cincuenta mil habitantes—, de manera que tomó el lápiz negro, abrió el cuaderno y trazó las líneas maestras de lo que quería dibujar: el sol detrás de la mole rocosa del castillo, transformando el mundo en un lugar mágico.

Pero su perro se había sentado a su lado y jadeaba con la lengua fuera.

—Mudo, hoy no voy a correr, voy a dibujar. ¿Es que no te das cuenta? —lo tomó del cuello y aproximó sus ojos a los del perro. Luego le dio un golpecito en el flanco—. Vete a correr tú solo, anda.

El perro se lanzó a la carrera y corrió por la orilla. Una bandada de gaviotas de pico amarillo, que dormitaban en la arena, levantó el vuelo. Eso era lo que más le gustaba a Mudo, perseguir gaviotas que protestaban con furiosos graznidos ante tamaño atropello.

Tomás volvió al dibujo y lo completó. Eligió varios lápices, el amarillo, el celeste y el naranja, y los preparó. Ahora sólo tenía que aguardar a que la bola roja del

sol comenzara lentamente a esconderse detrás del castillo. Quería captar los últimos resplandores detrás de las almenas, esa tenue luz amarillenta-naranja que surgía como un halo anunciador, unos instantes antes de que el sol desapareciera, escondido tras las viejas piedras de la torre del homenaje. Ése era el momento que quería captar.

Tomás se acomodó en la arena, dispuso el cuaderno sobre las piernas y tomó los lápices en la mano izquierda. Luego, en su cuarto en el hotel, convertiría el dibujo en una acuarela. Tanto el cuaderno Canson, de papel poroso de ciento veinte gramos, especial para acuarelas, como los lápices franceses, Carandache, eran muy caros. Pero ganaba lo suficiente en el hotel con las propinas y no gastaba nada. Prácticamente ahorraba casi todo el dinero mes a mes.

Lo que le estaba pasando el último año, desde que trabajaba en el hotel, era tan maravilloso que a veces creía estar viviendo un sueño. Tenía amigos, el viejo Bernabé y a su perro Mudo, y todo el mundo lo trataba con cariño y respeto. Y, sobre todo, podía dibujar y pintar a su antojo, salir a pasear, ver las estrellas, la puesta del sol, buscar antigüedades en el jardín sin que nadie se riera de él, lo llamara mariquita o cosas peores.

A él le hubiese gustado estar con chicos y chicas de su edad. Allí en Salobreña había muchos. A veces los veía jugar al fútbol y escuchaba sus voces en el polideportivo en las afueras del pueblo y anhelaba estar con ellos. Pero sospechaba lo que le pasaría tarde o temprano. A él no le gustaba jugar al fútbol, ni excl-

mar groserías, ni andar a la gresca, fumar, escupir... Todo eso que les gustaba a ellos, los demás muchachos. En cuanto a lo de las chicas..., sobre eso se darían cuenta enseguida.

Era curioso, lo adivinaban muy pronto. ¿Por qué los chicos tenían que insultar a las chicas cada vez que comentaban algo sobre ellas? Ese tono despectivo y grosero. No lo entendía.

Pero no debía entristecerse. El sol se apagaría dentro de unos instantes y su perro ya se había recorrido dos veces la extensa y solitaria playa.